

CB=1144493

F. 1636

Para la Biblioteca del Jardín Botánico

Eduardo Balguerias

LA APERTURA DEL JARDIN BOTANICO

DATOS PARA LA HISTORIA DEL MISMO

por **EDUARDO BALGUERIAS**
DIRECTOR DEL JARDIN BOTANICO

Publicado en
PAISAJES Y JARDINES
de la
SOCIEDAD DE AMIGOS DEL PAISAJE Y LOS JARDINES
Mayo 1951

X. 8.369

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

Published on
THE UNIVERSITY OF CHICAGO
PHYSICS DEPARTMENT
CHICAGO, ILLINOIS
1950



TRAS larga clausura, el Jardín Botánico vuelve a abrir sus puertas, y lo hace como antaño, el día 2 de mayo (ése por lo menos es mi propósito). Este día, el primero de gran fiesta que tiene mayo, lo dedicábamos la gente joven a jugar al aire libre y a aspirar el olor de las flores de este mes que se llama de ellas.

Eramos puntuales. Las modistas y los estudiantes, sin habernos puesto de acuerdo previamente, nos congregábamos en el Retiro de cinco a cinco y media de la mañana. Con pocos preámbulos hacíamos amistad, y como buenos camaradas empezábamos a jugar y a correr.

Muchos de nosotros habíamos pasado la noche estudiando. Los exámenes en esas fechas están próximos, y era preciso ganar el tiempo que íbamos a perder en las expansiones propias de esta fecha. A poco de llegar al Retiro se pasaba el cansancio; los árboles y plantas que nos rodeaban, el fresco de la mañana, los primeros rayos del sol, la alegría, en fin, que a todos nos embargaba, era la razón de ello como todo lo dicho era la causa de aquellas amistades rápidas y simpáticas, llenas de alegría de vivir.

Pasado algún tiempo de juego nos sentábamos a descansar; a poco reanudábamos el juego y



Puerta del Jardín Botánico-Paseo del Prado

así hasta las nueve aproximadamente. Desayunábamos ya en los kioscos o cafés próximos o lo que llevábamos de casa para ello, y para hacer tiempo nos íbamos al Botánico. Este Jardín centenario, abría ese día sus puertas todos los años y no sé por qué, algo especial pesaba sobre todos nosotros, y lo que en el Retiro había sido juego, carreras, bromas y risas, aquí se convertía en simple paseo, pausado, lleno de curiosidad por los letreros que tenían las plantas y gozábamos de las hermosas y admirables sombras que los corpulentos y añosos árboles de este espléndido jardín nos proporcionaban. Todos nosotros agradecíamos el fresco que sentíamos pasando bajo aquellas elevadas bóvedas de follaje por las que no pasaba un rayo de sol, y lo agradecíamos tanto más, cuanto que por aquellos años ya en el 2 de mayo eran días radiantes de sol brillante, que ayudaba a los madrileños a celebrar con el júbilo merecido la fiesta de la Independencia y a recordar a aquellos héroes que, por defenderla, entregaron sus vidas.

Próximamente a las once de la mañana y después de haber obsequiado a las parejas respectivas con unas rosas que nos cogía el jardinero de guardia (yo era alumno de las cátedras de la Facultad que se daban en el Jardín), nos íbamos a la calle de Alcalá para ver el desfile de la comitiva o procesión cívico-religiosa que, desde la Catedral, venía entre una doble fila de soldados hasta el Obelisco del Campo de la Lealtad, en el que reposan las cenizas de los héroes madrileños de uno de los días más gloriosos de España: ¡El 2 de mayo de 1808!

Después de oír la misa que se decía a las doce en el Obelisco, y de ver el desfile militar, nos íbamos a nuestras casas, quedando así inauguradas las mañanas veraniegas del Retiro del año en curso.

Esta costumbre antigua, es la que me decide a abrir el Jardín Botánico en esta fecha.

Hubiera abierto antes, porque el Director de un Centro no debe en manera alguna oponerse a la voluntad del fundador del mismo, y este Jardín está creado para *salud* y *distracción* de los ciudadanos, y mal pueden distraerse si no entran, lo ven y pasean por el mismo. Este razonamiento hacía en otra ocasión que me ocupaba del mismo asunto, y decía que lo que hacía falta era poner guardas y dar las normas a las que han de ajustarse los paseantes. Tengo experiencias de muchos años (treinta y ocho) y conozco bien las medidas que hay que tomar. Si después de todo esto no se pudiera mantener el orden, se cerraría.

Decía al hablar del paseo del elemento joven por el Jardín Botánico, que se sentía algo que pesaba y que hacía que se cambiara de actitud, pasando del juego, las carreras y las bromas, al paseo serio y lleno de curiosidad por lo que nos rodeaba.

Este cambio de actitud que se operaba sin que nadie lo impusiera no era debido sino al abo-lengo, la historia y el fin a que se dedica este Jardín.

Digna es de conocerse su historia, su origen y los gloriosos recuerdos que atesora y conserva celoso.

Padre de todos los Jardines Botánicos del mundo es el que sin llevar este nombre existió en Guadix y que sostenía el Rey Nash.

El Rey Nash era aficionadísimo y amante de las plantas, y dados sus medios económicos y categoría, reunió en sus jardines todas las plantas curiosas y diferentes que había en el mundo conocido. La Dirección de este Jardín la llevaba Alsaphra, botánico navarro, por encargo expreso de su propietario. En estas condiciones no era sino un Jardín Botánico, y existió este Jardín hacia el año 1500; es decir, el primer Jardín de esta índole fué español, y si fué padre de los demás, el de España es padre y además éste es el heredero directo de él.

El de Pisa, primero que sé señala en el mundo, lo fundó el Duque de Florencia en 1544.

Don Andrés Laguna, segoviano, médico del Pontífice Julio III, acompañó al Emperador Carlos I en sus viajes. El expresado doctor era humanista y filósofo, además de médico (esta carrera la estudió en París). Estudió botánica y tradujo y anotó el *Dioscórides*, mostrándose un gran botánico. Publicó esta traducción anotada, en 1555, y en su prólogo excitaba a Felipe II para que fundara un Jardín Botánico, empleando palabras de encendido entusiasmo al referirse a las plantas, a las que dedicó gran parte de su vida. Hablando del estudio de ellas decía: «*Del cual estudio redun-*

dará no menor gloria y fama que fruto, a toda la nación española, que en lo que más le importa es tenida en todas partes por descuidada.»

El Profesor Laguna, fué Catedrático de la Universidad Complutense y tenía tal prestigio, que el Rey, atendiendo a su iniciativa, fundó algunos años después en el Real Sitio de Aranjuez (1568) un Jardín Botánico. Hubo de tener vida efímera, porque se tienen pocas noticias de él.

S. Tovar, fundó en Sevilla otro Jardín de esta clase en 1595, al que siguió el que fundara Jaime Salvador en 1688 (?), en San Juan d'Espí (Barcelona). En 1720 tuvo otro el boticario de Felipe V señor Riquer, en el Soto de Migas Calientes, siguiéndole otro que tenía Quer en 1746 en el jardín del Duque de Antrisco, y sin citar otros de menor importancia, como el de la Priora (en la calle del mismo nombre junto a la plaza de Isabel II), llegamos cronológicamente al que fundó Fernando VI bajo la dirección de D. José Quer, en el Soto de Migas Calientes el año 1755. No pasamos de este lugar sin señalar que en el citado Jardín y por el Profesor Barnades fué iniciado en botánica el ilustre sabio D. José Celestino, autor de la *Flora de Nueva Granada*, obra inédita que se conserva en el Jardín Botánico del Prado y que ahora parece que se va a empezar su publicación.

Es nuestro Jardín, heredero directo del de 1755 y de plantas del mismo, se empezó a formar el actual.

Estaba lejos de la población el Jardín que fundó Fernando VI. El Soto de Migas Calientes está en los Viveros de la Villa y el ir allí a pie lleva bastante tiempo, y de emplear algún medio de locomoción tendría que ser en alguna diligencia o algún otro coche de caballos.

El Rey Carlos III, al que tanto debe España y muy singularmente los naturalistas, quiso que el Jardín Botánico estuviera más cerca, pero no pensó para ello en ningún lugar propiedad del Patrimonio Real, sino que compró un terreno donde él quiso que estuviera.

En lo hondo de la calle de las Huertas e inmediato a la Rambla (la Castellana, Recoletos, el Prado, etc.), por donde discurría el agua que venía desde Chamartín de la Rosa, compró una huerta a la que le agregó algunos terrenos más, reuniendo una extensión de unas 19 hectáreas.

Para fundar el Jardín mandó a D. Casimiro Gómez Ortega para que estudiara la disposición y manera de ordenar los cultivos en los Jardines Botánicos de Italia, Holanda, Bélgica, París, etc. Para las construcciones que en él mismo había que hacer, designó al arquitecto señor Villanueva y al ingeniero militar D. Tadeo López.

El nuevo Jardín resultó un compendio de lo que había de esta materia en el extranjero, unido a las experiencias que se habían adquirido de los que ya habíamos tenido en España; además de éstas, heredó, como ya hemos dicho, directamente del Jardín del Soto de Migas Calientes, una infinidad de árboles y otras plantas, bastantes de las cuales prendieron y fueron base o principio de los pobladores del Jardín a que nos referimos.

La inauguración del Real Jardín Botánico del Prado fué en 1781, y era por aquel entonces uno de los mejores de Europa y por consiguiente del mundo.

Don Casimiro Gómez Ortega, su Director, además de explicar la Cátedra de Botánica, trabajaba para acrecentar el número de plantas por medio de adquisición y excursiones y contribuyó mucho para que el Rey enviara a América varias expediciones de botánicos, para que estudiaran la Flora de aquellas lejanas y dilatadas tierras. Sólo con esto, es bastante para sentir por él respeto y admiración, y se debió, antes como ahora, tratar su memoria de modo muy distinto.

Entre las expediciones se puede citar como primera una que sin serlo a lo primero terminó siendo; me refiero a la de D. José Celestino Mutis —¡y qué fruto tan magnífico dió!—. El territorio herborizado fué Nueva Granada (Colombia), y como fruto de tan espléndido trabajo tenemos una colección de láminas en gran folio que se aproxima mucho a las 7.000. Descubrió el género *Chinchona* y comprobó terapéuticamente, como médico, los efectos de esta droga en la Virreyna de Colombia, excelentísima señora Condesa de Chinchón. Estas láminas son inigualables, y en opinión de los entendidos que las han visto, afirman que no es posible mejorarlas.

Descripciones de las plantas no se conserva ninguna y, según los datos que tengo, nunca las hubo. Herbario existió, desde 1813 hasta 1932. Según Colmeiro, estaba compuesto de unas seis

mil plantas, que se guardaban en *cuarenta y cinco* cajones de pergamino. En el último año citado se colocaron entre papeles estas plantas, y en el mes de julio, en cuatro grandes cajones, se enviaron al Jardín Botánico de Washington a Mr. Killip. Según este señor, entre todas las plantas sólo había aproximadamente unas dos mil distintas, que las dejó. Las restantes eran todas repetidas y se las quedó. De éstas algunas se enviaron desde Washington a Santa Fe de Bogotá.

Otra expedición se organizó a Perú y Chile, estando formada por los señores Ruiz, Pavón y Dombey. Llegaron al Callao en abril de 1778, y de esta expedición se conserva un herbario, que estaba compuesto por unos tres mil pliegos (varios repetidos), y previo inventario se mandaron a Berlín-Dahlem para que las clasificara, prepararan y devolvieran. Quedaron muy mermadas por las repetidas que había, y nos dejaron de enviar *ochocientos* pliegos, porque nos sorprendió la segunda guerra mundial. Estos ochocientos pliegos deben de estar debajo de los escombros del edificio de aquel jardín. Existen también algunas láminas originales, y las planchas de cobre para la reproducción de las mismas; hay tres tomos de la Flora de Perú y Chile, y uno de los Prodrómus. Desde luego no me parece que esté completa la publicación. Se conserva un ejemplar de tres tomos de la Flora de Perú y Chile en color. Además de esto existe una publicación que se titula *Quinología de Pavón*, que se publicó en Londres, y que se refiere a especies de tan interesante Rubiácea.

Otra expedición se organizó para el estudio de la Flora de Nueva España, y la constituían don Martín Sessé, médico, y D. Vicente Cervantes, boticario y discípulo sobresaliente de nuestro Jardín. Empezaron su trabajo en 1787, el primero como Jefe de la expedición y Herborizador, y el segundo como Profesor de Botánica en el Jardín que de esta índole fundaron en la capital. El deseo de ambos era formar escuela botánica para que continuaran el estudio de tan espléndida vegetación cuando ellos dejaran el territorio, y además, porque querían poder incorporar a la comisión, algún discípulo aventajado, como así ocurrió, para que D. Martín Sessé no fuera solo. El discípulo que a propuesta de D. Martín Sessé se unió oficialmente a los exploradores, fué D. José Mariano Mocino. Fructífera resultó la labor de los expedicionarios. La colección de dibujos, pequeña comparada con la de Mutis, son tan bellos que en opinión de los competentes, superan en belleza y precisión a todos los conocidos. De estos dibujos hay una copia en el Jardín Botánico de Ginebra, pero los originales, se los devolvió De Candolle a Mocino. Consta que este señor los tenía cuando murió, en Barcelona. A partir de esta fecha, no se han vuelto a ver.

Como los dibujos se perdieron, sólo quedan manuscritos.

Don Luis Née, gran explorador y Herborizador del Jardín del Prado, herborizó en Algeciras y Gibraltar y pasó luego a Navarra, Provincias Vascongadas, Santander, Asturias y Galicia. Figuró como botánico en la expedición de Malaspina, alrededor del mundo, saliendo para América en 1789. Herborizó en Uruguay, Patagonia, Malvinas, Chile, Perú, Méjico, Carolinas, Filipinas, Palaos, etc., volviendo a Cádiz en 1794.

Este ilustre francés, que se nacionalizó en España, era al mismo tiempo que colector, Ayudante de las clases, y nos legó el fruto de todo su trabajo, recogiendo en esta última expedición unas *diez mil* especies, que algunas se conservan en el Jardín. Muchas de éstas, fueron descritas y dibujadas por D. Antonio José Cavanilles, principalmente en sus *Icones*.

La ingente labor realizada por tan inteligentes y esforzados botánicos, seleccionados entre todos los de su época por D. Casimiro, hacen del primer Director de este Jardín un señor acreedor a nuestra profunda gratitud por el interés demostrado, y que determinó un floreciente desenvolvimiento de la ciencia de las flores que no admite parangón con ninguna otra rama de los conocimientos humanos. Nuestra tradición botánica es sin duda alguna gloriosa y superior, como hemos dicho, a la de otras ciencias.

No se opinaba igual en aquella época. Una discusión científica entre Gómez Ortega y Cavanilles en la que aquél llevó la peor parte, determinó su jubilación con todo su sueldo, nombrando para sucederle en el cargo a D. Antonio José Cavanilles.

Era este señor algo excepcional. Filósofo y Doctor en Teología, dedicaba sus ocios al estudio de las Ciencias Naturales, pero no precisamente a Botánica. Una circunstancia fortuita hizo que



Vista parcial del Jardín Botánico

oyera una explicación práctica de ésta y le llamó tanto la atención, que se fué al Jardín de Plantas de París y habló con sus amigos Antonio Lorenzo de Jussieu y Thouin, y a partir de entonces comenzó a estudiar en los Herbarios, que pusieron a su disposición los citados señores, de Sonnerat y Comerson, la Monadelfia (tema que eligió).

La circunstancia que determinó que se dedicara Cavanilles a la Botánica se dió en el año 1781 (coincidió con la fecha de la inauguración del actual Jardín) y en 1785 presentó a la Academia de Ciencias de París, para que se la informaran, la primera Disertación de la Monadelfia. Este informe, firmado por Antonio Lorenzo de Jussieu y otros botánicos como Adanson, Lamarck, etc., laudatorio, desde luego, figura al frente de la Disertación primera, que, como algunas de las que siguieron, se publicaron en París, y todas ellas precedidas de los correspondientes informes encomiásticos. La última Disertación se publicó en Madrid en 1790 (eran diez).

Las circunstancias en que se publicó la primera Disertación, hizo que D. Antonio José Cavanilles pasara de alumno de Botánica a gran maestro en la misma ciencia, y varias Academias y Sociedades sabias le llamaron a su seno.

Por orden del Rey se le encargó que estudiara la Flora de España, y él empezó a estudiarla por el Reino de Valencia, publicando en 1793 el primer tomo y algo más tarde el segundo, en el que no se limita a hacer observaciones de plantas solamente, sino que, además de ocuparse de éstas, investiga la geografía, terrenos, ríos, cultivos, demografía y, hasta ocupándose del cultivo del arroz, habla del paludismo y, refiriéndose a las invasiones de esta enfermedad, las explica lo mismo que ahora, no como hace siglo y medio, que era la época en que él escribía. Los dos tomos en folio de las observaciones del Reino de Valencia es obra que por sí sola puede ser base de una reputación de sabio.

En París, allá por los años 1782 a 83, sólo y sin libros de consulta, salió en defensa de España, contestando a Masson, que había publicado un artículo en el que trataba de insultarla y rebajarla,

pretendiendo manchar su nombre immaculado. En un folleto escrito en francés, refutaba Cavanilles todos los argumentos con los que pretendía inútilmente infamarla. En el folleto referido, se ponía a España en su verdadero lugar y tuvo la virtud de cortar la campaña difamatoria que con el artículo de Masson se pretendía iniciar.

Mientras hacía los estudios de la Monadelfia, cultivaba en el Jardín del palacio de los Duques del Infantado (rue de St. Florentin, esquina a la plaza de Luis XV) varias especies de Malvaceas para estudiar las fibras textiles que producían estas plantas. Sus observaciones, cultivo y resultados obtenidos con las fibras, fueron objeto de una conferencia que dió en la Real Academia de Ciencias de París, y además se publicó en las Disertaciones.

En 1791 empezó a publicar sus *Icones*, en los que figuraban varias de las plantas recolectadas por D. Luis Néé en su viaje alrededor del mundo, y muchas también de las recogidas por las expediciones científicas españolas que herborizaban en tierras americanas. De estos *Icones* publicó solamente seis tomos, dejando material para la publicación del séptimo.

En 1801, para sustituir a D. Casimiro Gómez Ortega, como ya hemos dicho, fué nombrado Director del Real Jardín Botánico D. Antonio José Cavanilles, en el que hizo una serie de modificaciones y mejoras que lo enaltecieron. Empezó sus explicaciones en la Cátedra de Botánica, pero era tal el número de asistentes a la clase para oír sus explicaciones, que bien pronto tuvo que habilitar un salón mucho más espacioso, para que cupieran todos sus alumnos.

Todos los exploradores americanos le consideraban como maestro y le mandaban una infinidad de plantas en consulta, algunas de las cuales se publicaron en los *Icones*, como por ejemplo la *Dahlia*, planta de la que Sessé mandó sus raíces tuberosas a Cavanilles para que la estudiara. Naturalmente, se trataba de una planta mejicana.

Así como los exploradores americanos, en su mayor parte, consideraban como maestro a Cavanilles, éste a su vez consultaba muchas de sus publicaciones con el gran maestro Mutis.

Para que le sirviera de guía a sus alumnos, y a instancias de éstos, publicó un libro que tituló *Plantas que demostró D. Antonio José Cavanilles en el curso de 1802*. En las primeras páginas del mismo, daba a manera de introducción las ideas generales imprescindibles para poder leer con fruto las descripciones de las plantas que menciona. Aun en esta publicación, que parece la menos importante, nos encontramos con observaciones interesantísimas y de una alta enseñanza.

La fecundidad de este sabio e inteligentísimo botánico maravilla, ya que no sólo es extensa, sino intensa, y desarrollada en poco tiempo. Se inició en el estudio de esta ciencia a los treinta y seis años. Dedicó el resto de su vida a ella con todo calor y creciente entusiasmo y con una precisión en las descripciones y los dibujos, que él mismo hacía, admirable. Una cualquiera de sus obras, hubiera sido suficiente para dar fama de excelente botánico. Publicó las diez *Disertaciones de la Monadelfia*, seis tomos de los *Icones*, dos tomos de las *Observaciones sobre el Reino de Valencia*; *Plantas que demostró D. Antonio José Cavanilles en el curso de 1802* y múltiples artículos, todos de botánica, en los *Anales de Ciencias Naturales*, a más de varios discursos y conferencias. ¡Y todo en sólo veintitrés años! No cabe la menor duda que en los tiempos de Cavanilles llegamos al período más glorioso de nuestra tradición botánica. Murió en 1804, a los cincuenta y nueve años, en brazos de su discípulo predilecto D. Mariano La Gasca.

Una habilidad más tuvo el incomparable sacerdote Hispano-Valentino, como él ponía tras de su nombre en las publicaciones que hacía. En *tres años* que se dedicó a la enseñanza *formó escuela* y nos dejó discípulos que le permitió al Real Jardín Botánico del Prado seguir el mismo ritmo de vida y las normas que le imprimió el maestro Antonio José Cavanilles. Los principales discípulos fueron: D. Mariano La Gasca y Segura, D. Simeón de Rojas Clemente y Rubio y D. José Demetrio Rodríguez.

Don Mariano La Gasca, natural de Encinacorva (Zaragoza) tenía veintisiete años cuando murió el maestro, del que era un gran admirador, y Cavanilles a su vez sentía debilidad por su discípulo predilecto.

A pesar de la indiscutible valía de La Gasca, no sucedió a su maestro en la Dirección del Jardín, acaso porque era muy joven, y se nombró a Zea, discípulo de Mutis.

Si los años fueron causa que motivara el que no sucediera a su maestro, no ocurrió lo mismo en 1808, en cuyo año los franceses le ofrecieron, por consejo del Barón de Humbold, la dirección del Jardín con 12.000 pesetas anuales de sueldo, cuando tenía treinta y un años.

La Gasca no aceptó tan tentadora proposición por proceder de un Gobierno ilegítimo el ofrecimiento. Poco después de esto, don Mariano se fué de Madrid para incorporarse al Ejército nacional y combatir al invasor.

Estos actos propios de un español de acendrado patriotismo, nos demuestran bien claramente las virtudes cívicas que atesoraba. Sin embargo, después de la guerra, se le llegó a tildar de afrancesado, y tuvo que valerse del *Duque del Infantado* para que hicieran llegar sus documentos al *Duque de San Carlos*, que era el que tenía que dictaminar.

Demostrado el patriotismo de La Gasca de modo irrefutable, la Regencia del Reino dió a La Gasca la primera Cátedra de Botánica y la Dirección del Real Jardín Botánico del Prado de Madrid, en cuyos cargos fué confirmado por Fernando VII, logrando al fin, de este modo, ocupar el sillón de su maestro a los treinta y siete años.

Gran penuria había entonces, pero a pesar de ello consiguió que reviviera el Jardín, que había sufrido un gran colapso durante la guerra y muy especialmente por las manos inexpertas que lo dirigiera.

Del 8114 al 1823 fué época de prosperidad científica para La Gasca, y, por entonces, se le nombró de multitud de Sociedades y Academias extranjeras y españolas.

Los aragoneses, dado su prestigio y renombre, le hicieron Diputado a Cortes en las de 1822 a 1823.

Cuestiones políticas, le obligaron a salir de Madrid y, al llegar a Sevilla, una manifestación contra los diputados ocasionó la pérdida de sus equipajes, que fueron quemados o arrojados al río. El de La Gasca, que se perdió como el de los demás, contenía los materiales de la Flora española y algunos libros de su biblioteca. Con este motivo tuvo que huir a Cádiz y de allí a Gibraltar, donde embarcó para Londres.

Momentos muy amargos pasó don Mariano en su destierro, pero también tuvo la satisfacción de verse tratado con toda clase de respeto y admiración por los eminentes botánicos ingleses: Anderson, Roberto Brown, los Smith, Lindley, Bentham, Hooker, David Don, Webb y otros. Todos rivalizaron en el deseo de hacerle llevadera la vida en Londres, procurando proporcionarle los medios necesarios para ello.

En todo este tiempo fué nombrado académico de número o correspondiente de las Academias o Sociedades que aun no lo habían hecho.

Sus publicaciones fueron muchas y valiosas, siendo ellas las que le dieron a conocer y las que le proporcionaron aquella acogida cordial y afectuosa entre los botánicos ingleses: entre éstas pueden citarse *Memorias sobre las plantas Barrilleras*, Madrid, 1817; *Amenidades naturales de las Españas*, Orihuela, 1811. Publicó infinidad de folletos y artículos estudiando las plantas recolectadas por THALACKER en Sierra Nevada; las recolectadas por el ciudadano BROUSSONNET, en el Norte de Africa y Canarias; varios artículos en los que se describían plantas de América que se cultivaban en las estufas del Real Jardín, y otros muchos trabajos que se publicaban en los *Anales de Ciencias Naturales*, de los que su maestro era uno de los principales redactores.

En julio de 1839 murió en el Palacio Episcopal de Barcelona, adonde fué buscando un clima más benigno que el de Madrid.

En 1809 empezó a explicarse la Agricultura en el Real Jardín Botánico del Prado de Madrid, por D. Claudio Boutelou, explicación que se interrumpió; y de un modo continuado se estableció en 1815, tiempo en el que dirigía el referido Jardín el Botánico que hasta ahora nos ha ocupado, y se estableció dicha Cátedra en este Centro, por tratarse de una materia directamente relacionada con la Botánica; la explicaba D. Pascual Asensio.

Del 1823 al 1824 fué su Director D. Antonio Sandalio de Arias.

Pasado este corto período de los primeros momentos de la huida del Profesor La Gasca a Lon-

dres, se volvió a alguien que representara el espíritu de Cavanilles, y en aquella ocasión quien más directamente le representaba era D. Simón de Rojas Clemente y Rubio, discípulo del maestro y colaborador de La Gasca en varios trabajos.

Era Simón de Rojas Clemente y Rubio, nacido en Titaguas (Valencia) en 1777, hombre de gran cultura, botánico entusiasta y agrónomo, explorador infatigable y nada adulator, no llegó a ocupar los puestos que por sus merecimientos debía haber tenido.

En unión de Bahía, pensaron herborizar en Marruecos y para hacer la preparación de esta excursión fueron a París y Londres, cogiendo en ambos países plantas de las que formaron un herbario que se conserva en el Real Jardín Botánico. Volvieron a España haciendo el viaje directamente de Londres a Gibraltar y de éste a Algeciras.

El viaje lo hicieron ambos, con nombres e indumentaria árabe, conociéndose nuestro Clemente con el nombre de Mohamed Ben Alí. Enterado de que los árabes se mostraban algo intransigentes exigiendo a los extranjeros ciertas prácticas que a él no le agradaba cumplir, a pesar del entusiasmo por la expedición y de su gran interés en explorar aquellos territorios, al conocer esa intransigencia de los naturales del país, dado su carácter entero e independiente, se quedó en Andalucía.

No era hombre que pudiera permanecer inactivo y, por tanto, después de despedir a su compañero, que realizó el proyectado viaje y se fué a Africa, se dedicó a explorar la espléndida y rica región andaluza.

En la provincia de Cádiz se cultiva la vid muy singularmente, y al estudio de esta planta se dedicó principalmente, dando como fruto este trabajo la interesantísima publicación *Ensayo sobre las variedades de la vid común que vegetan en Andalucía*. Madrid, 1807. En este trabajo no se sabe qué admirar más, si los datos científicos y agronómicos, o su forma literaria, y si unos y otra, o las frases en las que anuncia (creándolas verdaderamente) las ciencias que hoy se conocen con el nombre de Geografía Botánica y Ecología Vegetal, y cuya creación se atribuye a De Candolle Humboldt en 1825. No he de negar que la Geografía Botánica de De Candolle apareció en esa fecha, pero la idea primera la dió Clemente y Rubio en la obra citada y que poco después de publicada se tradujo al francés. De esta misma obra, pero ilustrada, se hizo otra edición en su cincuentenario, a expensas del Ministerio de Agricultura.

Aparte de la publicación citada, tiene otras varias; por ejemplo, *Introducción a la Criptogamia española*, por LA GASCA, CLEMENTE Y RUBIO y DONATO GARCÍA; *Tentativa sobre la Liqueología geográfica de Andalucía*, publicada en Madrid en 1863, en la que estudia los líquenes teniendo en cuenta la altitud en que viven. Esta publicación se hizo de los manuscritos del autor que se conservan en el Archivo: *Cultivo y cosecha del algodón en general con aplicación a España, particularmente a Motril*, Madrid, 1818; *Variedades o castas de trigo*, fragmento de la *Ceres Hispánica*, en colaboración con La Gasca, etc., etc.

Fué Director del Jardín de Aclimatación de Plantas de San Lúcar de Barrameda, donde explicó agricultura en 1808.

Fué Presidente de la Junta directiva del Museo de Ciencias y Jardín Botánico, dirigiendo éste a través de la expresada Junta desde 1825 a 1827, y murió antes de cumplir los cincuenta años, en febrero del último año citado.

Siguió el Real Jardín dependiendo de esta Junta desde 1827 a 1834. Como Comisario, se encargó de regirlo desde el año 1834 hasta el 1837 D. Antonio Sandalio de Arias.

Los dos últimos años de su vida, 1837 a 1839, lo dirigió D. Mariano La Gasca, que murió en julio del 39, como ya se ha dicho.

Uno sólo de los discípulos del ilustre botánico Dr. Cavanilles quedaba, y en el deseo de que las normas y procedimientos de tan eminente hombre de ciencia siguieran imperando en el Centro que tanto le debía, se le nombró Profesor de Botánica y Director del Jardín. Don José Demetrio Rodríguez, que es al que vengo refiriéndome, nació en Sevilla hacia el año 1780, y el año 1801 fué nombrado alumno pensionado del Jardín para recolectar plantas en el territorio meridional de España. Hizo varias publicaciones en colaboración principalmente con La Gasca, y recolectó muchas

plantas en los lugares indicados de España, incluso de Madrid y sus alrededores, lo que se puede comprobar fácilmente viendo el Herbario, en cuyas etiquetas se encuentra con gran frecuencia la letra del laborioso herborizador sevillano.

Con un interés grande digno de loa, procuró en lo que le fué posible conservar la tradición de su querido e ilustre maestro. De 1839 a 1846 ostentó los cargos de Profesor de Botánica y Director del Real Jardín Botánico del Prado en Madrid.

Sucedió al último discípulo de Cavanilles, D. Mariano de la Paz Graells, zoólogo, y con esto el Jardín no ganó mucho en cuanto a la parte botánica, ya que su Director no la cultivaba. Sin embargo, se hizo una Estufa templada, el busto en bronce, de Linneo, en la fuente de la Plaza de los Botánicos, y además cuatro estatuas en piedra, que representan a Cavanilles, La Gasca, Clemente (destrozada por un disparo de obús en nuestra Guerra de Liberación) y Quer. Estas estatuas se pusieron en el Jardín en 1866; el mandato de este señor duró de 1846 a 1868.

A D. Mariano de la Paz Graells sucedió D. Miguel Colmeiro, que a más de la explicación de sus clases, llegó a reunir, con la Dirección del Jardín, los cargos de Decano de la Facultad de Ciencias, y Rector de la Universidad Central. A pesar de tantas ocupaciones, todavía tenía tiempo para hacer trabajos de Recopilación y de Historia botánica, publicaciones muy estimables y de consulta frecuente.

Las aficiones de Colmeiro, distintas de las de Cavanilles y sus discípulos, rompieron la tradición del Real Jardín Botánico del Prado, mantenida por éstos casi medio siglo.

A pesar de todo, la destacada figura de Cavanilles imprimió un sello especial al Establecimiento, que aun hoy a pesar de haber transcurrido casi siglo y medio (ciento treinta y seis años), su espíritu se adivina en todas partes, y es de esperar que nos ayude a defender el Jardín: y ya lo hace, con la historia que nos dejó de los primeros cincuenta años.

Muchos atropellos ha sufrido el Jardín, pero aun queda la parte última, el asalto final que se dará en nombre de la Ciencia (?). No lo creáis, eso está resuelto y ya lo apunto en mis *Comentarios a unos artículos de Botánica*. Jaén, 1945.

El Jardín no tiene que moverse para desempeñar su papel decorosamente. No hace falta más que buena voluntad por parte de todos, tesón para defenderlo, y una dirección acertada. La mayor parte de lo apuntado se consigue teniendo contento al personal que trabaja en él, y bien atendido al Jardín.

Aprestémonos a la defensa, porque posiblemente está cerca el momento del asalto.

Todos los que tengan sensibilidad suficiente para defender parte del solar de las glorias patrias que dan el mentís de un modo rotundo a esa historia malintencionada, deben unirse en un frente único, en el que caben también los americanos, muchos de los cuales vendrían o por lo menos se unirían, para tratar de evitar un despojo que los más creerían que el móvil del mismo era el negocio.

¡¡No creo posible que haya quien firme la orden de venta!! ¡¡Entre los españoles no puede existir ese hombre!! ¡¡Sería una vergüenza y un baldón para España!!

Madrid y marzo de 1951.



